

ATIENZA LÓPEZ, Ángela (ed.), *Iglesia memorable. Crónicas, historias, escritos... a mayor gloria. Siglos XVI-XVIII*, Madrid, Sílex, 2012, 386 págs., ISBN: 978-84-7737-737-5.

A pesar del extraordinario desarrollo que, dentro del contexto historiográfico ibérico, han conocido en las últimas dos décadas los estudios en torno a la cultura escrita de la Edad Moderna, tanto el libro religioso como las prácticas que marcaron la cultura intelectual del clero han merecido en general una atención menor por parte de los especialistas. Los trabajos de José Adriano de Freitas Carvalho sobre la literatura espiritual en el Portugal moderno, o los de Carlos León Álvarez Santaló en torno a las formas de elaboración y de recepción de los escritos religiosos en el ámbito hispano de los siglos XVI-XVII, han sido durante mucho tiempo expresión casi aislada –aunque brillante en ambos casos– del interés que encierra el estudio de estos universos literarios a la hora de entender los horizontes políticos, sociales y culturales de la época. En los últimos años, sin embargo, el panorama ha ido cambiando y la atención creciente y sistemática que algunos historiadores del mundo ibérico altomoderno vienen prestando al estudio de la cultura y la producción escrita del clero, se ha traducido en un incremento notable –probablemente aún insuficiente– de los trabajos que inciden sobre este ámbito específico de la investigación.

En este contexto se inscribe el volumen que aquí se analiza, coordinado por la Prof.<sup>a</sup> Ángela Atienza, y que, producto de un seminario celebrado en San Millán de la Cogolla, en abril de 2011, reúne casi una veintena de trabajos en torno a las distintas formas de memoria que articularon las instituciones eclesiásticas y religiosas en la época moderna. Reivindicando el interés historiográfico de géneros escritos cuyo valor documental cuestionaba hasta hace bien poco una visión de marcado carácter positivista, los estudios que componen esta obra permiten adentrarse con rigor en algunas de las cuestiones que plantea la construcción de la memoria eclesiástica y religiosa. Para ello se recurre al análisis –claro está– de crónicas, historias y escritos de tenor hagiográfico, pero también de otros instrumentos (ceremonias y ritos, fiestas de canonización, celebraciones devotas, expresiones artísticas) que no dejarían igualmente de contribuir a ‘inscribir’ y proyectar una determinada visión sobre las realidades presentes y pasadas de las diferentes instancias eclesiásticas del mundo católico y/o de sus respectivos protagonistas. En este sentido, el volumen no sólo contempla toda una panoplia de formas escritas que articularon dichas estrategias memorísticas, sino que ofrece igualmente una visión relativamente polifónica de la cuestión, huyendo de la tendencia –aún hoy recurrente en nuestra historiografía– a dar particular relieve a la Compañía de Jesús como objeto de estudio y modelo intelectual, en detrimento de otros grupos y actores vinculados a la Iglesia. Aunque las crónicas y *vidas* jesuitas están oportunamente presentes en varios de los estudios que la obra recoge, las formas de memoria que articularon agustinos, franciscanos, dominicos o, incluso, instancias como el papado y la Inquisición, no dejan de ser asimismo objeto de análisis, permitiendo adivinar lógicas y prácticas de escritura que no eran necesariamente idénticas.

En realidad, más allá de estos aspectos, muchos de los interrogantes que cabe plantear aparecen formulados en la contribución que la propia Ángela Atienza dedica a la

cronística religiosa dentro de la España moderna, ofreciendo una excelente síntesis general y metodológica en torno a los escritos de esta naturaleza y a su producción en el ámbito hispánico. Al margen de los contenidos que reunían, Atienza recuerda el carácter “oficial” o institucional que a menudo tenían estas narrativas y señala algunos de los factores que rodeaban sus formas de elaboración y composición (uso y selección de fuentes, formas de censura, etc.). Destaca, por otro lado, no sólo las funciones memorísticas que desempeñaban, sino también su papel como instrumentos mediante los cuales definir y reforzar las identidades de grupo en el seno de las congregaciones religiosas, sin olvidar el carácter propagandístico y de afirmación (o, incluso, controversístico) frente a otras congregaciones que podían llegar a asumir.

En realidad, la escritura propiamente cronística y hagiográfica que desarrollaron los institutos religiosos es objeto principal de análisis —como no podía ser de otro modo— en buena parte de los trabajos que el volumen recoge, permitiendo mostrar el amplio abanico de problemas y perspectivas que su estudio plantea. La ya mencionada dimensión controversística que algunos textos encerraban, se hace patente en el análisis que propone Michele Olivari, donde pone de relieve cómo el género cronístico se convirtió precisamente en terreno donde ajustar cuentas y, sobre todo, en un espacio en el que las ordenes acababan dirimiendo muchas veces sus conflictos de carácter espiritual, teológico o, incluso, político. Tales disputas, por lo demás, centran asimismo el trabajo de Rosa María Alabrús, en el que se analizan —a través de la respectiva producción escrita— las relaciones que entablaron dominicos y jesuitas a lo largo de la Edad Moderna, poniendo de manifiesto, en particular, la necesidad de matizar la tradicional ecuación que ha vinculado a los jesuitas con la modernidad y a los dominicos con la defensa de la tradición.

Una perspectiva distinta sobre el género cronístico es la que propone José Jaime García Bernal, cuyo estudio, centrado en los *Anales* del mercedario descalzo Fr. Pedro de San Cecilio (1669), se acerca a los procesos de composición narrativa que marcaron la elaboración de estos textos, tratando de comprender estrategias de reescritura de la tradición que buscaban legitimar una congregación reciente y reformada como la Merced descalza, así como aquellas operaciones que incidían sobre el uso de las fuentes utilizadas y la selección de determinados testimonios y fragmentos, cuyo sentido original podía verse alterado al ser trasladados a una narrativa que buscaba fortalecer y edificar a los correligionarios. Estos aspectos no quedan completamente al margen de las cuestiones que plantea el trabajo de Rafael Pérez García, que incide sobre la cronística franciscana del periodo contrarreformista, poniendo de manifiesto cómo los procesos de escritura contribuyeron muchas veces a vestir u ocultar aquellas realidades más inconvenientes que habían afectado a algunos religiosos de la orden, dentro del contexto de crisis reformista y espiritual que los franciscanos experimentaron en la centuria de 1500.

La dimensión hagiográfica que incorporaba la cronística religiosa, por otro lado, queda patente en el trabajo Fernando Muñoz Sánchez, quien se sirve asimismo de la prosa franciscana de la segunda mitad del siglo XVII, para subrayar el peso que las *vidas* adquirirían en la economía narrativa de anales, crónicas e historias, contribuyendo a la construcción de modelos de perfección religiosa en los que la singularidad de los personajes retratados quedaba diluida frente a la necesidad de crear una imagen

colectiva ideal y edificante. No obstante, la hagiografía como género autónomo es objeto de atención en el ensayo de José Luis Betrán. Su análisis de la *Vida* manuscrita del jesuita Juan Sebastián de la Parra, compuesta por Francisco Figueroa, no sólo permite encuadrar a este personaje de inclinaciones místicas en el entorno político y religioso del Perú colonial. Sobre todo, consiente el situar la elaboración de este relato hagiográfico en el mismo contexto en el que surgieron otras *vidas* de jesuitas limeños, entre 1620 y 1630, dentro de lo que no fue sino una política activa de promoción a los altares de algunas figuras de la provincia peruana de la Compañía.

El estudio de José Luis Betrán, por otro lado, nos remite a una realidad geográfica –la de los espacios americanos y coloniales– que no cabe ignorar cuando se analizan las formas de construcción de la memoria religiosa en el mundo hispano de la época moderna. Esta componente, de hecho, es central en los trabajos que presentan Eduardo Descalzo y Gisela Pagès, así como en el que Bernat Henández consagra a la figura Fr. Juan Meléndez, autor de una crónica de la provincia dominica del Perú (1681-1682) y prototipo del erudito criollo y religioso de finales del siglo XVII. Hernández desgrana algunas de las cuestiones que el texto de Meléndez suscita, desde sus formas de composición y autoría, al modo de articular un discurso de claros tintes criollistas que, con todo, no era exclusivista, ni contrario a lo peninsular. Pero, en especial, destaca la importancia de analizarlo desde una perspectiva que sitúe al autor en su filiación con el mundo erudito de la época mediante su inserción en la “República literaria” y su participación en los círculos intelectuales del orbe católico.

Más allá del papel central que tuvieron la crónica y el género hagiográfico, otros registros (como se indicaba anteriormente) servirían asimismo de instrumentos eficaces por medio de los cuales elaborar, fijar y proyectar la memoria de los institutos religiosos, pero también la de otras muchas instancias eclesiásticas, como el propio papado, la autoridad episcopal, los cabildos o la Inquisición. En concreto, la memoria inquisitorial centra, desde perspectivas distintas, las contribuciones de Ricardo García Cárcel y de Manuel Peña. El primero recurre a la memoria que se construyó en torno a la Inquisición y que la convirtió en el arquetipo de una intolerancia entendida por muchos como intrínseca a la propia historia española. En este sentido, García Cárcel trata de desentrañar algunos de los factores que contribuyeron a la formación de esta imagen ya desde el siglo XVI, buscando así matizarla y poner de relieve expresiones de una España moderna tolerante, al tiempo que revisa también algunos de los aspectos que acompañaron la conformación de un anticlericalismo hispano, que cobraría fuerza desde finales del siglo XVIII. Ya Manuel Peña aborda las formas de una memoria infamante que, lanzada y controlada –al menos hasta finales del siglo XVIII– por la institución inquisitorial, se haría presente en el cotidiano de la época mediante el uso de los sambenitos y de las mantetas que se exponían en las iglesias, contribuyendo de modo incluso más eficaz que otros instrumentos (ceremoniales, etc.) a forjar la imagen de la Inquisición como institución creíble y respetada.

En otro orden, Marina Caffiero aborda algunos aspectos de la historiografía pontificia y, en particular, atiende al modo en el que el papado, mediante la redefinición en términos incluso históricos de toda una serie de ritos y ceremonias, supo construir durante la época moderna una memoria tendente a sacralizar la figura del pontífice, a ensalzar su poder universal y a reforzar su autoridad dentro de la Iglesia. Por su parte,

Cécile Vincent-Cassy analiza toda una serie de relaciones, piezas teatrales y sermones que se elaboraron con motivo de la canonización y beatificación durante el siglo XVII de distintos santos hispanos, mostrando como dichas celebraciones –que no solían ser ajenas a los intereses de la Corona– conjugaban elementos locales, “nacionales”, universales y monárquicos, que los convertían en instrumentos eficaces para dar coherencia a los territorios de la Monarquía. De forma parecida, Eliseo Serrano se sitúa en el contexto de la Zaragoza del siglo XVII y analiza una producción literaria singular, en torno a la Virgen del Pilar, que, bajo la forma de justas y certámenes, recopilaciones poéticas, carteles, piezas teatrales, etc., alimentó una estrategia propagandística que, en un momento de fuertes disputas entre los cabildos de la Seo y El Pilar, buscaba difundir la tradición pilarista con el fin de reivindicar la primacía de la basílica frente a la catedral. Esta dimensión más local de la memoria eclesiástica no deja de estar presente asimismo en el análisis que Carlos Blanco, recurriendo a una variante del género hagiográfico, hace del archiepiscopologio tarraconense que compuso el canónigo Josep Blanch tras la guerra de Cataluña. Por medio de las vidas de los prelados tarraconenses, el autor –como se afirma– no buscaría sino proyectar una imagen favorable de la institución diocesana y de sus titulares, pero también demostrar la fidelidad de la ciudad a la persona de Felipe IV y reivindicar, frente a Toledo, la primacía de la sede catalana en el contexto peninsular.

En definitiva, la variedad de perspectivas y de cuestiones que los trabajos aquí incluidos plantean en torno a las modalidades de construcción de la memoria eclesiástica y religiosa durante la Edad Moderna, hacen de este volumen una obra de particular interés y valor historiográfico en ámbitos como la historia religiosa y la historia de la cultura escrita. Sin duda, la obra en su conjunto, así como algunas de las contribuciones que reúne, habrán de ser en el futuro referencia obligada de todo aquel que pretenda adentrarse por los vericuetos –poco transitados aún– de la cultura intelectual del clero en el mundo ibérico del periodo moderno, de sus prácticas de escritura y, ciertamente, de sus formas de memoria.

Federico PALOMO DEL BARRIO  
Universidad Complutense de Madrid